DON DOMINGO SANTA-MARIA.

ADIE con títulos de justicia podrá negar que Domingo Santa-María es una de las figuras mas interesantes de nuestra época.

Antes de todo, Domingo Santa-María no es un hombre comun.

En esta tierra clásica de las mediocridades supremas i de las negaciones realzadas a la categoría de grandes prestijios, en la política, en el saber, en la sociabilidad, en la virtud misma, un carácter espontáneo, impetuoso, ardiente para concebir, impulsivo en la ejecucion i, sobre todo, capaz de entusiasmo i de pasion, no puede ménos de ser reconocido como un tipo notable, distinguido, i mas que ésto, poco comun.

Domingo Santa-María es, en efecto, la encarnacion viva de todas esas condiciones vivificadoras del espíritu que son un peremne con-

traste, casi una protesta contra el modo de ser vital de nuestra raza, de nuestra tradicion, de nuestro clima, si es posible llevar esa jeneralizacion de la apatía hasta la atmósfera que pesa sobre nuestros órganos, cargando de preferencia, a virtud de una obvia razon física, sobre el órgano rei:—el cerebro. Santa-María, es, por ésto, un espíritu eminentemente innovador, inquieto, revolucionario, como se denomina en el pais toda índole que impele a pasar adelante, pisando sin cuidado sobre los venerandos vestijios de la rutina.

Estas consideraciones, que no son hijas del afecto sino de la verdad, se hacen indispensables para comprender la existencia pública de Santa-María i para apreciar muchos de sus actos sobre los que la ténue luz de la duda ha dejado hasta hoi un juicio o un fallo indeciso. I aunque ésta no sea una biografía sino una rapidísima reseña de fechas, las dejamos consignadas como un punto de mira fijo, hácia el cual se encaminarán todos nuestros conceptos i valorizaciones.

Don Domingo Santa-María es uno de nuestros mas jóvenes estadistas, pues es cerca de dos lustros menor que Lastarria, Tocornal i Garcia Reyes, a la par con los que ha figurado en la liza política. Nació en Santiago el 4 de agosto de 1825, siendo sus padres don Luis Santa-María i doña Ana Josefa González Morandé, personas de distinguida posicion, pertenecientes a la antigua estirpe colonial.

Santa-María se educó, como casi todos nuestros hombres publicos modernos, en el Instituto Nacional, i como muchos de éstos, inició su carrera i su vida enseñando lo que habia aprendido a la jeneracion que venia trás sus pasos. En 1845, a los 20 años, era ya profesor de jeografía, aritmética i otros ramos accesorios de instruccion, en fuerza del absurdo sistema cosmopolita que rejia entónces en el profesorado.

En 1846 Santa-María, notable ya por su precoz talento, i mas que ésto, por las brillantes formas que asumia su injenio al manifestarse, fué llamado a ocupar el puesto de oficial-primero del Ministerio de justicia, en cuyo despacho ascendió en breve al cargo importante de oficial mayor. Santa-María en 1847 era, como don Mariano Egaña en 1813, un sub-secretario de estado adolescente.

Su primer ensayo en la vida pública no fué, sin embargo, feliz. La disposicion ardorosa, de Santa-María, no sazonada todavia por el criterio que solo dan los desengaños, cuando no hai

en el alma bastante egoismo para infundirle vida espontánea. le arrastró a prestar su juvenil palabra i su pluma, mas inesperta todavía, a una asociacion política que, a través de una garan. tia social, buscaba solo un plan estrecho de engrandecimiento. Este incidente ha sido contado en una ocasion por su propia víctima en una pájina íntima, i vamos a consignarlo con su franco, abierto i espresivo lenguaje. "Niño, dice el señor Santa-María de sí mismo, me lanzaron en la política. Sin pensarlo, sin instigacion de nadie i arrastrado por uno de esos impulsos del corazon a que no puedo resistir, me propuse, la víspera de la reunion de la "Sociedad del órden," hablar en ella i lanzar un grito que conmoviese las cabezas canas que allí debian reunirse. Por lo que habia oído i lo que habia leido de las publicaciones de ese tiempo, creia que era un deber llegar hasta el sacrificio por salvar la República de las manos de los que se la disputaban. Me parecia un ultraje hecho a la sensatez i honradez chilenas ver figurar como caudillos de partido, de ideas, de principios a Ramos "el Quebradino," al fraile Mañan i otros parecidos.

"No sé si mis pocos años me engañaron i si la inocencia de mi alma no me dejó ver la malicia que podria encerrar la de los otros. No he vuelto a leer mas el discurso que entónces pronuncié."

El próximo paso de Santa-María en la senda de su elevacion personal fué mucho mas peligroso para su juventud, su entusiasmo, i ese candor del alma, que es inseparable del último i caro atributo. Nombrado intendente de Colchagua en la edad en que por lo comun visitan los mas las aulas universitarias (a los 23 años), i en la época en que mas alta se ha levantado en nuestro suelo la ola de las pasiones de partido, Santa-María dió muestras de un temple de alma poderoso, pues le fué dable llegar a la playa en que se azotaba la borrasca salvando su nombre i su bandera. Entre los náufragos de aquella época, Santa-María fué el que con frente mas alta i una conciencia mas limpia pasó a tomar el puesto de las ideas a que sus talentos i sus cualidades de hombre i de político han prestado despues tan señalados servicios. "Pueda ser, ha dicho él mismo, con noble franqueza, que por mi inesperencia i el ardor de mi alma cometiera verros o me precipitase demasiado. No respondo de ello porque no puedo ser mi juez, pero aseguro que no tuve otra aspiracion que la mui noble, mui santa de ligar mi nombre a un gran bien.

"Enturbiada la corriente por las heces de la política, la calumnia subió hasta la infamia!"

Pluguiese al cielo que esas heces hubiesen sido las últimas del cáliz!.....

Entre tanto, yo no conozco tres hombres que sean capaces de escribir en Chile las anteriores palabras sobre sí mismos. Si he de decir la verdad, hasta aquí he conocido solo dos, i Santa-María es uno de ellos.

Alistado desde entónces de una manera definitiva i convencida en el antiguo partido liberal, Santa-María fué uno de los grandes ajitadores políticos de 1850 i 1851. Despues de las batallas adversas, tocóle, como a tantos otros de sus nobles compañeros, ir a recibir la consagracion de su lealtad en un primer destierro.

Residió por consecuencia en Lima gran parte de 1852, i a su regreso a Chile se consagró esclusivamente a la carrera del foro, que habia sido la de su educacion i de sus gustos, pues era abogado desde 1847.

Sus notables dotes profesionales, su palabra clara i brillante, su esposicion luminosa i concisa i los golpes de elocutencia que le son característicos, le granjearon en breve una reputacion de primer órden, i le atrajeron clientela i caudal como fácil i abundante consecuencia.

Conmovido el pais de nuevo en 1858 por una nueva vibracion de la idea liberal que el gobierno del decenio llevaba estrangulada, pero no muerta, entre sus brazos, Santa-María pagó la elocuencia de su palabra en el Congreso con un nuevo destierro. En esta vez la proscripcion fué oficiosa pero mas lejana que la de 1852, i tambien mas provechosa. Durante un año (1860) el proscrito por fianza recorrió la mayor parte de los paises de la Europa occidental. En Inglaterra tuvo ocasion de lucir sus brillantes conocimientos forenses tomando conocimiento de una causa ruidosa de herencias que se suscitó ante los tribunales de aquel pais, i en la cual eran parte algunos ciudadanos chilenos.

De regreso a su patria, Santa María entró a cooperar de una manera activa i eficaz en la gran mutacion de ideas, de tradiciones i de miras políticas que al principio inició tímidamente el digno señor Pérez i en seguida con alguna mas resolucion el digno señor Tocornal. En consecuencia de su actitud resuelta i definida, el señor Santa-María fue llamado al Ministerio de Hacienda en enero de 1863, i permaneció en ese puesto hasta mayo de 1864.

El señor Santa-María no es financista i no tiene ni antecedentes, ni carácter, ni estudios para serlo. Pero su clara intelijencia, su laboriosidad tan fecunda como pertinaz, no pudo ménos de dejar huellas marcadas de su itinerario por aquel despacho público. Su notable memoria de hacienda de 1864 conserva la estampa visible de esas huellas.

Santa-María habia subido al poder con el señor Tocornal i cayó con él.

Lo último no es estraño desde que se habla de dos naturalezas leales. Lo que lo es, i al parecer en alto grado, es que durante diez i seis meses esas dos naturalezas, tan opuestas en todo lo demas, hubiesen permanecido mancomunadas en un mismo propósito. Talvez es lo cierto que en política, como en las afecciones del corazon la disparidad de índoles es el mas vivo productor de la armonia.

Los enemigos de Santa-María le calumniaron, sin embargo, al caer, atribuyéndole un plan subterráneo e indigno para reemplazar a su ilustre colega en la dirección de los negocios públicos, cuando el ánimo de aquel flaqueó delante de la piratería de las Chinchas. La renuncia simultánea del Ministro de Hacienda i del Ministro del Interior, i la sincera amistad que les ligó hasta que la tumba se cerró sobre el último, fué el desmentido de esa calumnia odiosa, pequeña, empero, si ha de compararse con las que tiene circulacion lícita en nuestro mercado diario, que si no posee como el de Paris i Liverpool, el de Buenos-Aires i Amberes un edificio de piedra o ladrillo para sus cotisaciones, es talvez porque, no habiendo cofres que guardar, ès mas cómodo i barato su espendio en las veredas i en las plazas públicas......

El señor Santa-Maria, vuelto a la condicion de simple ciuda-

128

dano, siguió prestando servicios trascendentales a su pais. Uno de esos servicios fué el arreglo privado i confidencial del tratado que llevó la firma de los señores Covarrubias i Tavira, ántes de la guerra con España. Otro de esos servicios, mucho mas eminente i mas feliz, fué el tratado que llevó la firma del mismo señor Santa-María i del doctor Pacheco, despues de la guerra.

El mérito contraido por el señor Santa-María al ajustar el pacto de alianza con el Perú, bastaria para colocar su nombre a la altura de los mas ilustres servidores del pais, no solo por la abnegacion personal que le fué precisa para llegar a aquel resultado, sino por las incalculables consecuencias políticas i militares que éste trajo al desarrollo posterior de la guerra. Este jénero de pruebas, no pertenece, sin embargo, de derecho al juicio contemporáneo. Al contrario, el egoismo aconsejaria no traerlas a memoria, porque son de aquellos actos humanos que, como ciertos accidentes de la naturaleza i de la óptica, adquieren mayor belleza i magnitud a medida que se les contempla desde mayor lejanía. La mision del señor Santa-María al Perú en 1865, es en verdad un acontecimiento que pertenece de lleno a la historia. Ella lo juzgará!

Entre tanto, a su vvelta al pais el señor Santa-María se vió rodeado de contrariedades amargas, que al fin terminaron en un rompimiento político tan estraño como doloroso, i en lo que era mas doloroso todavia, en la pérdida de amistades que habian comenzado en la áula, quizá en la cuna, i que la vida pública no habia hecho sino engrandecer i afianzar. Juicios, como los que de estos sucesos íntimos se arrancan no son estrictamente del dominio de la prensa, pues se hallan mucho mas abajo del nivel de los acontecimientos que acabamos de decir forman el patrimonio lejítimo de la historia. Pero colocados nosotros, en esta parte, entre afecciones mútuas tan queridas las unas como las otras, i tan antiguas ambas como mi propia existencia, me será permitido únicamente decir, que en esos lamentables incidentes hubo a nuestro juicio, una doble culpa. En esa culpa, la parte del señor Santa-María fué la de un exeso de arrogancia. La parte de sus amigos i colegas, hoi sus adversarios, la de un exeso de susceptibilidad.

El señor Santa-María, desengañado en gran manera, como

todos los hombres políticos de Chile, cual mas cual ménos, de lo que en este pais se llama la política, se ha refujiado últimamente en la majistratura, en cuyo seno la justiciera administracion del señor Pérez le asignó un alto puesto. Sin embargo, esa misma política, seguida de su largo tren de desengaños, disfrazados con máscaras alegres, está golpeando constantemente la puerta del majistrado. Logrará hacerse abrir? Mucho lo tememos, pero en manera alguna lo deseamos. Los desengaños pueden ser un dolor, pero los amigos de corazon no pueden desear nunca que se conviertan en una culpa.

El señor Santa-María, como juez, posee una alta i merecida reputacion. Es un majistrado laborioso, concienzudo, ilustrado, i sobre todo esto, es un enemigo encarnizado de la rutina. En este sentido justo es esperar que su influencia sobre nuestro vetusto foro, la institucion que ménos adelanta en Chile, si es que visiblemente no retrograda, sea poderosa en echar al suelo farsas, patrañas i, ojalá pudieramos añadir, ilejitimas ambiciones......

En las letras el señor Santa-María ha tenido una mision parecida. Como decano de la Facultad de humanidades de la Universidad favoreció todo jénero de progresos, i aunque en la célebre polémica sobre la abolicion de la enseñanza teórica del latin, esta lápida secular de toda intelijencia i de todo progreso verdadero en los estudios, estuvo, con ciertas concesiones liberales, de parte de los últimos sostenedores de esa barbarie (esta es la palabra), su resistencia fué tan débil que va hacia presentir su adhesion a las nuevas ideas. Desde entónces los hijos del señor Santa-María, que a la sazon andaba con Ciceron bajo del brazo, habrán crecido lo suficiente para decirle lo que piensan de Ciceron i particularmente lo que éste i sus colegas antidiluvianos les han enseñado sobre lo que hoi las jeneraciones necesitan saber para vivir, para engrandecerse i para enseñar a su vez. Por esto, cuando se haga el tercer esfuerzo (despues de el del ilustre Infante, de quien el señor Santa María fué biografo, i de otro mas modesto i mas reciente), preciso es confiar en que el ilustrado literato-juez será ya un sincero convertido. Al ménos, si la jeneracion de que es padre, i aun abuelo, apesar de sus pocos años, sabrá va para qué sirve el latin como estudio H. J. DE CH. TOMO IV.

130

de aula, él podrá decirnos para que sirve en la literatura i particularmente en lo que se ha dicho que es mas eficaz, en el foro, donde *Gregorio Lopez* no es ya siquiera una autoridad, un nombre, nada, en fin, sino un vestiglo.

Ademas de la notable biografía que el señor Santa-María publicó en 1853 del gran triunviro de la República don José Miguel Infante, se conoce de su pluma la memoria histórica que reproducimos i que salió a luz en 1858.

Como se observará, el estro del señor Santa-María no ha sido fecundo ni empeñosa su laboriosidad, apesar de sus brillantes dotes i de su evidente amor a las letras nacionales.

No obstante, sus trabajos históricos tienen un mérito especial que le colocan en primera línea entre nuestros mas eminentes escritores nacionales, el mérito de Infante, de Camile Enríquez, de Gandarillas ¿de quién mas? No conocemos, o al ménos no recordamos ningun otro. Hablamos de un mérito peculiarísimo, el de la valentía de las opiniones i la franqueza en el diseño de los caracteres históricos. Esta especie de mérito, que es mas moral que literario, rarísimo como tal, en paises cual el nuestro en que cada personaje de crónica es el fundador de una parentela capaz de llenar un arrabal o de fundar un pueblo, resalta en la presente memoria, i es su mas señalado carácter. El autor ha cumplido en ella testualmente la siguiente promesa que se lee en su prefacio. —"Mi propósito ha sido someterme a la verdad, sin miedo ni reticencias." Le faltó añadir "sin reparo de las amarguras que ese propósito debe traerme en la forma delódio i la calumnia....' Pero acaso porque no lo dijo le habrá faltado uno i otro?.....

En todo lo demas el trabajo del señor Santa-María, si bien brillante i ameno en la forma, pues es el que mas analojía guarda con el del señor Garcia Reyes (a virtud tal vez de evidentes homojeneidades de temperamento) adolece tambien de los defectos de la última, es decir, de la carencia de comprobacion minuciosa i de esas apreciaciones certeras sobre los acontecimientos i los hombres que es dado encontrar únicamente en el estudio paciente e incesante de los archivos. Es preciso añadir, empero, que con escepcion del asunto capital de la caida del director O'Higgins, en que hai mucho referido de oidas, la ma-

yor parte del trabajo histórico que vamos a reproducir a continuacion pertenece mas bien a un jénero analítico que narrativo.

Por esta misma razon se notará que no nos ha sido preciso ni era posible introducir en la memoria una anotacion prolija como en las anteriores. Este vacio será llenado, sin embargo, de una manera altamente satisfactoria por su propio autor, quien, sin alterar sustancialmente el testo, introducirá en la presente edicion datos i documentos tan desconocidos como preciosos.

Santiago, octubre de 1868.

B. VICUÑA MACKENNA.

DON JOSÉ VICTORINO LASTARRIA.

ACIO este distinguido orador i publicista en la villa de Rancagua en 1817.

Su temprano talento le hizo figurar entre los alumnos mas distinguidos del famoso colejio fundado en Santiago en 1826 por el literato español don José Joaquin de Mora, con el título de Liceo de Santiago, cuna de muchas celebridades chilenas. Lastarria fué condiscípulo de García Reyes, Tocornal, Vallejos i otros hombres públicos que han figurado mas tarde con lucimiento en las letras o en la política.

Desde su primera juventud Lastarria se consagró al periodismo i a la enseñanza. Redactaba a la vez hojas políticas i testos elementales para el uso de los colejios, en que servia como profesor. En 1838 indujo al malogrado Alvarez a publicar el Diablo Político, i colaboró en sus primeros números. En ese mismo año era nom-

brado profesor de derecho público en el Instituto Nacional.

En 1840 fundó, asociado con Sanfuentes, Vallejos, Talavera i otros de sus condiscípulos el primer periódico literario que ha tenido el pais con el título de El Semanario.

A esta publicacion siguió en breve El Crepúsculo, la primera revista literaria que tambien se haya fundado entre nosotros. En 1842, poniéndose a la cabeza del notable movimiento intelectual que se operó entónces entre la juventud, fundó la Sociedad Literaria de Santiago, de la que fué electo presidente, pronunciando él mismo a su apertura un notable discurso de inauguración que se imprimió en aquella época con gran lujo de tipografía.

En 1844 Lastarria fundó el Siglo con algunos de los mas intelijentes de sus colegas de la Sociedad Literaria, como Juan Bello, Francisco de Paula Matta, Juan Nepomuceno Espejo i otros. El Siglo tuvo un significado especial en su época. Nació, puede decirse así, en un palenque de intelijencia i como una esforzada respuesta al reto que habian dirijido a la juventud chilena, algunos de los mas capaces de los emigrados arjentinos, que, acaudillados por Sarmiento, pretendian sostener en El Progreso, la preeminencia del injenio i del saber de sus nacionales.

Como se vé, el talento del señor Lastarria ha dejado huella. Habiendo nacido en una posicion mediana i en medio de una sociedad esencialmente aristocrática, a los veinticinco años de edad era ya, sino el caudillo, el representante mas caracterizado al menos de una era tan profundamente marcada por el sello de la intelijencia que bien pudiera llamársela un período de trasformacion.

No es menos notable el papel que ha cabido llenar a Lastarria en el Congreso de su patria.

Electo diputado en los períodos de 1843 i 1849, mediocre i casi oscuro en el primero, llegó a hacerse el verdadero caudillo de la minoría liberal en el último, desplegando en sus borrascosas sesiones, de las que debia nacer la revolucion de 1851, talentos oratorios de primer órden.

Desde esa época dató un dilatado período de persecuciones i de animosidades políticas contra Lastarria que le mantuvieron alejado de la vida pública por un espacio de mas de diez años.

Tal ha sido la carrera de Lastarria como literato i orador.

Como publicista sus principales trabajos están vinculados a la enseñanza del derecho público, de cuyo importante ramo puede considerarse, a la par con su maestro el eminente Bello, el fundador entre nosotros. Su testo de lejislacion, sus comentarios sobre la constitucion de 1833, varios de sus discursos parlamentarios, que han sido reducidos a cuerpo en un volúmen, i por último su obra mas notable, la Historia de medio

siglo, que abraza una reseña de la existencia constitucional de Europa durante los primeros cincuenta años del presente siglo, todos sus principales ensayos, en fin, han sido dirijidos a crear escuela entre nosotros, respecto del aprendizaje político de la juventud. En este sentido el profesor Lastarria ha hecho un verdadero servicio a su patria.

El señor Lastarria se ha ensayado tambien como hombre de administracion, pero con mucho ménos suerte que la que ha alcanzado en la prensa, en el parlamento, en el profesorado i en el foro. Llamado por Irarrázabal a desempeñar la oficialía mayor del Ministerio del Interior en 1843, se fatigó luego de este ejercicio. Otro tanto le aconteció en 1862 desempeñando la cartera de Hacienda. A consecuencia de una lei sobre patentes concebida con poca madurez i presentada al Congreso sin la debida meditacion i estudio, resignó su puesto, dando en esto pruebas de poca consistencia como hombre de lucha, pero desmintiendo, al mismo tiempo, la acusacion de ambicioso que sus adversarios políticos le habian hecho durante toda su carrera.

Como ya lo hemos dicho, despues de las persecuciones de 1850 i 1851, Lastarria vivió consagrado a su bufete i al sosten de una numerosa i estimable familia que él ha formado con sus solos esfuerzos, granjeándose en este concepto un mérito que ni sus enemigos mismos (que no son pocos) podrán disputarle.

La última época de la existencia política del señor Lastarria presenta síntomas evidentes de una prematura decadencia. Trabajado su físico por una penosa enfermedad que afecta todo su sistema nervioso, se opera en él una trasformacion sensible en que la bilis se siente predominar a menudo sobre su claro, elástico i brillante injenio. Así se esplica su flojedad i su retraemiento en el Congreso de 1858, al que fué enviado, sin embargo, por los mas ardorosos comitentes que acaso cuenta la República, los electores del departamento de Copiapó. No es otra tampoco, en concepto nuestro, la razon de los ex-abruptos inmotivados e inesplicables que han eclipsado su fama de orador culto i elevado durante las últimas sesiones de la Cámara de Diputados, en la que representaba a Valparaiso.

Una nueva carrera se ha abierto últimamente para el señor Lastarria: la de la diplomacia. Nombrado Encargado de Negocios en el Perú despues de haberse retirado del Ministerio de Hacienda en 1862, su frájil salud le hizo regresar pronto a su pais. Hoi ha vuelto a partir con una mision mas vasta i delicada, acreditado como Ministro Plenipotenciario cerca de la República del Plata, del Uruguai i del Brasil.

El señor Lastarria es sin disputa uno de los talentos mas culminantes de nuestros dias. Ha sido profesor, periodista, orador, publicista, abogado, diplomático, i en todo ha sobresalido. I cuando se tiene presente que cuanto es i ha sido lo debe así mismo i que ha hecho todo lo que de él se apunta a la lijera en esta reseña, en medio de los cuidados de una salud precaria, de las dificultades anexas a la carencia de fortuna i de pergaminos, i preocupado por la educación de una familia que recuerda por su número i su mérito la de los patriarcas antiguos, no puede menos de reconocerse que él es uno de los mas beneméritos ciudadanos de nuestra República.

Al alejarse de su pais el señor Lastarria ha hecho renuncia del decanato de la facultad de humanidades de la Universidad de Chile, empleo con el que habia sido honrado durante varios períodos. La Memoria que ahora reproducimos fué su primer ensayo en ese cuerpo en 1842, i ella tiene a la vez el doble mérito de haber sido el primer trabajo de historia nacional emprendido por aquella corporacion i de servir de apropiado i lucido pórtico a la vasta obra que ahora emprendemos.

Santiago, enero de 1865.

B. VICUÑA MACKENNA.

DON DIEGO BARROS ARANA.

ON DIEGO BARROS ARANA, autor de la Historia jeneral de la Independencia de Chile, nació en Santiago el 16 de agosto de 1830. Su padre, poseedor de una de las primeras fortunas en aquella época, no pensaba como muchos otros acaudalados padres de familia que sus hijos no necesitan una educacion literaria; i se empeñó en que el jóven Barros Arana se preparase para la carrera del foro, que entónces, como ahora, era la que ofrecia mas lisonjeras espectativas.

El señor Barros Arana hizo sus estudios en el Instituto Nacional, en una época en que se introducian en la enseñanza importantes modificaciones. En 1843 se establecieron los estudios denominados humanidades, esto es, entónces por primera vez se enseñaron la historia, las matemáticas elementales i otros ramos, i se hizo obligatorio el estudio de la gramática castellana i de los idiomas vivos, que hasta entonces habia sido voluntario. El señor Barros perteneció al primer curso que se siguió conforme al nuevo plan; i parece que la fortuna hubiera querido recomendar aquella importante reforma agrupando en una sola clase del Instituto a muchos jóvenes que habian de ilustrarse mas tarde en la carrera li-

teraria.

270 BIOGRAFIA

En 1849 Barros Arana seguia las clases superiores del curso de leves, cuando los médicos aconsejaron a su familia que le anartaran del colejio porque su salud delicada ponia en peligro su vida, Separado así de los estudios jurídicos, se contrajo a otros por los cuales tenia talvez mayor i notable aficion, la literatura i la historia. Estudió particularmente la historia nacional en los libros i en los documentos haciendo grande acopio de apuntes destinado para su uso privado. Hasta entonces solo habia publicado en los folletines de los diarios algunas traducciones de novelas francesas, tarea en que lo acompañaba un hermano menor, don José Barros, muerto a los diez i ocho años, sepultando en su niñez una esperanza. Don Antonio García Reyes, el elegante historiador de la primera escuadra nacional, conoció en aquella época al jóven Barros Arana i lo estimuló a continuar en sus estudios históricos, a poner en órden sus apuntes i a publicar sus trabajos. Dió a luz su primer ensayo en 1850 con el título de Estudios históricos sobre Vicente Benavides i las campañas del Sur (1818 i 1821), destinado a esclarecer una parte mui oscura i desconocida de la historia de nuestra revolucion, la guerra que contra la república sostuvieron en las provincias meridionales algunos atrevidos i astutos montoneros que se llamaban defensores de los derechos del rei de España. Este trabajo, en que Barros comenzaba por descubrir las relevantes dotes que reunia para ser el historiador chileno, fué jeneralmente aplaudido, i recordamos que el diarista arjentino Juan Cárlos Gómez le saludó en aquel tiempo en el Mercurio de Valparaiso como "el futuro historiador de Chile."

Un año despues, con motivo del fallecimiento del jeneral don Ramon Freire, publicó en uno de los diarios de la capital una serie de artículos que fueron reunidos en un opúsculo con el título de *El jeneral Freire*, i que forman una estensa biografía de aquel ilustre militar. Este trabajo es de suyo tan curioso i está tan nutrido de datos i noticias i históricas, que cada vez que se ha escrito sobre el jeneral Freire o los sucesos de esa época ha sido indisputablemente consultado.

Desde entónces Barros Arana se entregó enteramente al cultivo de la literatura i de la historia nacional. Puede decirse que desde aquella época no se ha publicado en Chile una revista o un periódico literario a que no haya contribuido mas o menos con artículos biográficos, históricos, críticos o bibliográficos. La Galería Nacional de chilenos célebres lo contó en el número de sus mas laboriosos colaboradores. El mismo ha dado a luz dos periódicos de literatura, el Museo (1853) i el Correo del Domingo (1864).

Pero la obra mas estensa que ha dado a la estampa es la Historia de la Independencia de Chile comenzada a publicarse en 1854 i terminada en 1858, i que forma cuatro gruesos volúmenes, Contiene ésta una narracion prolija i minuciosa de todos los sucesos de la revolucion chilena, desde sus primeros síntomas en 1808 hasta que quedó definitivamente asegurada en 1819. En una advertencia preliminar, el señor Barros Arana declaró que se proponia solo formar un repertorio de noticias históricas, reunir los hechos i esponerlos con claridad i sencillez para salvarlos del olvido, escribiéndolos con verdad i franqueza, sin odio ni temor. Su obra, concebida con este propósito modesto, estaba formada sobre las noticias contenidas en algunos libros, sobre los documentos de todos nuestros archivos públicos i sobre la tradicion conservada por los testigos i actores de nuestra revolucion. El primer volúmen de esta obra ha sido reimpreso en 1863; i de él tomamos los sucesos relativos a los años de 1811 i 1812 para llenar el vacío que queda en nuestra coleccion entre las memorias de los señores Tocornal i Benavente. La Historia de la Independencia de Chile es un libro notable por la claridad i el método con que están relacionados los hechos i por la verdad con que están espuestos. Este libro ha dado a Barros una merecida i justa reputacion, porque, entre todos sus trabajos históricos nacionales, ninguno hai que lo aventaje o reuna mayor mérito.

Elejido miembro de la facultad de humanidades i filosofía en 1855, el señor Barros Arana ha desempeñado numerosas comisiones universitarias, ya sea informando sobre testos de enseñanza, ya sobre planes de estudios, o sobre otros asuntos. Los Anales de la Universidad contienen muchas memorias i trabajos debidos a la pluma del señor Barros Arana. En 1856 fué encargado por el rector de aquella corporacion de componer la memoria histórica anual, i entónces dió a luz la que lleva por título Las Campañas de Chiloé, historia de las espedi-

ciones que emprendió el gobierno nacional para conquistar aquel archipiélago, último baluarte de los soldados castellanos en América.

Arrastrado, como tantos otros, a las luchas políticas, el señor Barros Arana se ha ejercitado tambien en el periodismo sin buscar en él ni el provecho pecuniario, que nunca solicitó, ni mucho menos la satisfaccion de una ambicion política que no tiene. Entre otros diarios a que ha colaborado, podriamos recordar el Pais (1857) i la Actualidad (1858), de los cuales fue uno de los redactores. Como diarista ha sido incisivo, franco i enérjico, i en la polémica es tan picante i burlon, que no hai adversario que no concluya por cederle el campo.

Obligado a salir del país por su participacion en el último de aquellos diarios, i a consecuencia de los desgraciados sucesos políticos, el señor Barros Arana pasó a la República Arjentina, en cuya capital residió algunos meses i visitó la República Oriental del Uruguay i el imperio del Brasil. En todas partes hacia acopio de libros, documentos i apuntes referentes a la historia americana, visitando al efecto las bibliotecas i los archivos i reuniendo cuidadosamente todo cuanto convenia a su propósito. En seguida pasó a Europa, i allí, en un campo mucho mas vasto todavía, hizo nuevas i mas importantes investigaciones en las bibliotecas de Londres, de Paris i de muchas ciudades de España. En este último pais visitó diariamente i durante meses enteros los archivos de Simancas i Sevilla, que contienen inagotables riquezas sobre la historia i la jeografía americana, i los depósitos de documentos que posee la Academia de la historia de Madrid. En estas escursiones literarias, el señor Barros Arana halló el manuscrito inédito del Puren indómito, poema, o mas bien crónica rimada de los sucesos de la guerra araucana en los últimos años del siglo xvi, compuesto por uno de los soldados castellanos, Fernando Alvarez de Toledo. El señor Barros Arana copió prolijamente este manuscrito i lo dió a luz en Leipsick, en 1860. Posteriormente ha publicado en Chile, en la importante Coleccion de historiadores chilenos, algunas de las crónicas que desentrañó del polvo de las bibliotecas i archivos europeos. Sin embargo, la mayor parte de las preciosas adquisiciones que entónces hizo existen todavia inéditas, i completan una curiosa i abundante coleccion

de libros i documentos referentes a la historia americana. El señor Barros Arana, que ha aglomerado verdaderos tesoros en preciosidades de este jénero, tiene una particularidad especial sobre la mayor parte de los coleccionistas i bibliófilos; i es su buena voluntad para facilitarlos a todos los que desean hacer estudios o consultas. Sabemos que su voluntad es que despues de sus dias sus libros i papeles pasen a formar parte de la Biblioteca Nacional, sin reclamar por esto remuneracion alguna.

El señor Barros Arana prepara desde tiempo atras una historia jeneral de Chile desde los tiempos primitivos, obra para que deben servirle los documentos i noticias que ha acopiado; pero distraido por ocupaciones de otro jénero, no ha podido avanzar en su obra capital cuanto habria convenido. En 1864 publicó un volúmen titulado Vida i viajes de Hernando de Magallanes, formado sobre los datos reunidos para uno de los capítulos de su proyectada historia. Ese libro, notable bajo todos aspectos i fruto de esa intelijencia investigadora i severa que reune Barros, constituye la biografía mas prolija, mas minuciosa i mas completa que jamas se haya escrito sobre el célebre navegante.

En 1863 fué nombrado rector del Instituto Nacional, primero i único destino público que haya desempeñado. En este cargo ha acometido reformas de trascendencia, ha modificado en gran parte el sistema de enseñanza, ha cambiado los métodos, arreglado nuevos testos i se ha empeñado particularmente en formar entre los profesores verdaderas especialidades, suprimiendo el sistema antiguo de profesores enciclopédicos que enseñaban alternativamente todos los ramos. Esta reforma, que se creia imposible llevar a cabo, se ha hecho despues estensiva a todos los establecimientos de educacion que costea el Estado, i en todos ellos se han hecho sentir sus benéficos efectos.

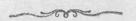
Queriendo servir a los intereses de la instruccion pública, el señor Barros Arana ha compuesto un Compendio de historia de América destinado a la enseñanza. Esta obra forma un cuadro abreviado pero comprensivo de la historia americana bajo todas sus faces, estudiada de ordinario en los documentos, en las fuentes primitivas i en las autoridades mas respetables, i ha sido emprendida por el autor bajo una forma desco-

nocida entre nosotros. Ha compuesto a la vez dos obras, una elemental para el estudio de los niños i otra, mas estensa i completa, para guiar a los profesores i para ilustrar a los educandos que quieran hacer estudios mas prolijos. El principal objeto del autor ha sido dar al estudio de la historia de América la importancia que merece, quitando de mano de los jóvenes los libros informes i disparatados que sobre esta materia venian de Europa.

El señor Barros Arana es actualmente miembro del Consejo de la Universidad, i como tal ha tenido que desempeñar muchos i delicados trabajos que se le han confiado. Esto, agregado a multiplicadas tareas, lo obliga a vivir constantemente alejado de toda otra esfera de accion que no sea el estudio i los intereses de la instruccion pública. Barros reune a una claridad de intelijencia mui poco comun i a una prodijiosa laboriosidad, una vastísima instruccion histórica i literaria, rara en sus años, que le prepara para el porvenir, sino lo tiene conquistado ya, un honrosísimo puesto en la República de las letras. Tiene un tacto especial para conocer el mérito de los libros, i un delicado criterio para juzgarlos. Como Rector del Instituto, la juventud habrá de recordar siempre a Barros reconocida; i como historiador i literato, las letras habrán de mencionarle en primera línea cuando se hable de Chile.

B. VICUÑA MACKENNA.

DON SALVADOR SANFUENTES.



ACIÓ don Salvador Sanfuentes i Torres, uno de los espíritus mas elevados de nuestra época, el 2 de febrero de I817. Fueron sus padres un respetable comerciante español i una señora natural de Santiago, a cuya prematura muerte i a cuyas virtudes intimas consagró aquel, como su primojénito, una de sus mas sentidas composiciones poéticas.

Sanfuentes nació poeta. Afectuoso, modesto enfermiso, profudamente sério i melancólico, su pálido rostro, semejante a las lámparas funerarias de Young, revelaba que todas las cavidades de su alma i de su espíritu estaban ocupadas por ese flúido misterioso que se llama el estro de los vates. Sanfuentes era poeta por naturaleza, por gusto, por necesidad.

Su padre quiso desde temprano inspirarle aficion al comercio, pero la vara de medir era de-

masiado pesada para aquella mano que debia trazar versos tan

Dícese que una coincidencia casual le reveló a él mismo la rresistible tendencia con que habia nacido, pues un dia en que don Andres Bello entraba a visitar a su padre en su tienda de icomercio, llamóle vivamente la atencion la melancólica i espresiva fisonomia del jóven Sanfuentes, i desde entónces dató ese otro comercio harto mas bello, de amistad i de estudio que reinó entre el rector de la Universidad i su primer secretario, hasta que la loza de la tumba se cerró sobre el último.

Sucedia esto en 1833. Un año mas tarde publicaba el señor Bello en el Araucano una traduccion de Racine trabajada por su jóven alumuo (Ifijenia en Aulide), haciéndola preceder de un elojio tanto mas honroso cuanto que esta distincion ha sido dispensada por aquel severo sabio a mui pocos de sus

discípulos.

Dos años despues, conocido ya el señor Sanfuentes por su aventajada intelijencia, fué uno de los oficiales agregados por Portales a la legacion del señor Egaña que llevó la declaracion de guerra a la confederacion Perú-Boliviana en 1836.

Un año despues, i cuando apenas habia cumplido los veinte de su edad, Sanfuentes era nombrado oficial mayor del Ministerio de Justicia, honor singular en un pais en que los pocos años son considerados tradicionalmente como el principal de-

fecto de los hombres públicos.

Ocupaba este puesto el jóven Sanfuentes cuando otro de esos acontecimientos imprevistos debia sacarlo de la monotonia de su oficina i lanzarle en la arena de la publicidad como poeta. Tal fué el reto, que a la manera de un grito selvático pero imponente, lanzó a la juventud chilena uno de los mas eminentes escritores americanos, don Domingo Faustino Sarmiento, que ha sido para la lengua española lo que Rosas fué para la unidad arjentina: un azote, pero azote terrible, i provechoso.

Apoderado aquel escritor viril i fecundísimo del Mercurio de Valparaíso, como de un látigo, flajeló los noveles talentos chilenos acusándolos de inercia, de amaneramiento i de la mas absoluta esterilidad. Llevaba aquel diarista su encono contra la índole peculiar de la intelijencia i de la educacion en Chile hasta pedir figuradamente el destierro del decano del saber en Chile, don Andres Bello, tan solo por ser un insigne gramáti-

co i maestro de aquella juventud sin brillo ni osadia. Sarmiento era el primer romántico que pisaba nuestras playas. Semejante a Jerónimo Paturot, venia a leernos sus *Flores del Sahara*; cojidas en el Sahara americano en que él había nacido.

Aquel reto que fué tan benéfico en el fondo como descomedido en la forma, encontró pronta respuesta. El Semanario, el primer periódico literario de Chile, fué esa respuesta. En él publicó Sanfuentes, como uno de sus fundadores, su famosa composicion en versos El Campanario, que puede reputarse como la primera hoja de la poesia propiamente chilena.

Este movimiento literario fué coetáneo con la creacion de la Universidad de Chile, erijida en 1843. A Sanfuentes le cupo el

honor de ser nombrado su primer secretario.

Dos años despues Sanfuentes fué nombrado intendente de Valdivia, diputado en seguida i por último Ministro de Justicia. Pero él no habia nacido para nada de eso. Su carácter apasible carecia de aquella fibra especial que necesitan los funcionarios públicos para dejar en pos de su administracion una huella suficientemente marcada de labor i de adelanto. Su modestia natural embarazaba su lengua en la tribuna, i le condenaba a confundirse entre las mediocridades parlamentarias tan numerosas en nuestro país de suyo estéril en grades oradores. Por último, ni como Ministro de Instruccion pública tuvo ocasion de señalarse, porque envuelto las dos veces que fué llamado a desempeñar aquel destino en la creciente vorájine de dos revoluciones en jérmen, hubo de sucumbir en ella, no estando dotado de las cualidades que son propias de los políticos en nuestras repúblicas, la audacia, la ambicion, la fuerza de carácter necesaria para asumir las grandes responsabilidades i la solapada intriga, digámoslo tambien, para evadirlas todas.

Así, en 1849 se le vió descender del Ministerio despues de haber pronunciado algunas palabras glaciales en defensa de un intendente que habia engrillado a un impresor en Capiapó, i en 1858 volvió a bajar de la Moneda, desairado por el Presidente que habia levantado su nombre como una salvacion; pero con la nota menos favorable aun, de no haber dado cuenta al país de los motivos que le obligaban a separarse de un puesto que los votos de aquel le habian confiado. Ciertamente,

por mas que Chateaubriand haya dicho que en la época de su ministerio en Francia cuatro poetas gobernaban la Europa, es difícil persuadirse que las Musas fueron enviadas al mundo

para gobernar a los hombres!

Para el único puesto público que estaba caracterizado Sanfuentes i en el que habria brillado siempre como una alta lumbrera era para el de juez. Los pocos meses que ocupó un asiento en la Corte Suprema, demostraron cuán bien se amoldaba su espirítu recto i su alma elevada a quellas angustas funciones.

Sanfuentes, como político, perteneció siempre al partido liberal que le contaba como uno de sus mas caros caudillos. En 1850 fué nombrado casi por aclamacion presidente de la Sociedad de la Reforma que se estableció para combatir la candidatura de don Manuel Montt.

En 1855, tan alto se habia conservado su nombre, a pesar de no haber recibido el pestijio de la persecucion, de la que talvez fué el único esceptuado entre sus amigos, que se le creyó digno de proponerlo, bien que mas como una protesta que como una enseña, para candidato a la presidencia, al terminarse el primer período del señor Montt.

De propósito no hemos hablado en esta breve reseña de la carrera peculiar del señor Sanfuentes, esto es, de su existencia como poeta i literato. Pero débese esto a que en el espacio de pocos años, el señor Sanfuentes ha encontrado no ménos de cuatro biógrafos i críticos de sus trabajos, i cuyas publicaciones, conocidas de todos, hacen inoficioso un nuevo análisis. Torres Caicedo en Paris, i los Amunátegui, Marcial González i Arteaga Alemparte en Chile han cumplido ya con este deber.

Diremos solo una palabra sobre el señor Sanfuentes considerado como historiador, o mas propiamente, como autor de la

Memoria universitaria que vamos a reproducir.

Desde luego confesamos que, esceptuando su mérito intrínsecamente literario, es decir, el lenguaje, la correccion, la forma en una palabra, no ostenta en ella el autor, a nuestro juicio, las calidades propias de los grandes escritores: la fluidez del estilo (pues Sanfuentes segun solia decir, escribia con mas facilidad en verso que en prosa) la animacion de los cuadros, los golpes de imajinacion, los pensamientos atrevidos, los juicios severos i francos, el vuelo en fin, del espiritu que se enseñorea sobr aquella gran edad de hazañas i combates, de carácteres de al relieve i de sucesos que equivalian a la trasformación. La pueblo. La Memoria de Sanfuentes descarnada de hechos, nuda de los documentos contemporáneos, fria en su lengua, i hasta tildada de cierta monotonia, no es en realidad sino una revista mas o ménos elegante en su forma de los hechos materiales de que se hace cargo. Es una excelente pieza académica que debió agradar sobre manera leida en un claustro pleno de la Universidad; pero no puede negarse que en la narración no se mantiene siempre i especialmente en la descripción de nuestras grandes batallas, Chacabuco i Maipo, a la altura de su argumento. Cosa estraña! Este poeta ilustre que ha hecho, sobre temas acaso triviales poesias que honran nuestra lengua, no ha acertado a redactar en prosa sino un reflejo pálido de la época de nuestra existencia que fué en sí misma una epopeya!

Una esplicacion nos exije, sin embargo, la lealtad de críticos sobre este juicio. Habíase comisionado para la redaccion de la Memoria histórica de aquel año (1850) a don Antonio Varas; pero llamado éste al Ministerio, confióse el trabajo solo a última hora a Sanfuentes, i de aquí la parsimonia de sus datos que se reducen en su mayor parte, a lo ménos en lo relativo a los sucesos militares, a los que le suministró verbalmente el

dignisimo jeneral don Juan Gregorio de las Heras.

Una fecha mas tenemos que recordar: la de la muerte de este benemérito chileno ocurrida el 17 de julio de 1860, despues de una enfermedad pulmonar que estinguió en su cuerpo una en pos de otra todas las fibras de la vitalidad, pero sin apagar sino con el último aliento su luminosa i brillante intelijencia junto con los destellos de su alma i de su noble injenio.

Marzo de 1865.

B. VICUÑA MACKENNA.

DON FEDERICO ERRÁZURIZ.

El chileno por muchos títulos conspícuo que compuso i dió a luz el presente libro en la mitad de su notable carrera política, prematuramente cortada por la muerte i el desengaño, nació en Santiago el año de 1825 i en la casa que habia sido morada del famoso correjidor de la colonia don Luis de Zañartu, su tio abuelo por la estirpe materna, en la plazuela de la Merced.

Es cosa de curiosidad sino de maravilla, que los tres últimos presidentes de Chile, Errázuriz, Pinto i Santa María hayan nacido en el mismo año, en la misma ciudad, en el mismo barrio (el de la Merced) i casi en el mismo mes. El jeneral Baquedano, último candidato de oposicion, nació tambien en ese año.

Deslizáronse la infancia i la primera juventud de don Federico Errázuriz comparativamente oscuras. Empobrecido su padre,
hombre probo i miembro de una de las familias mas influyentes
del país durante la colonia i durante la independencia, educóse
con beca eclesiástica i vestido talar en el Seminario de Santiago,
i allí aprendió, junto con don Manuel Matta, la ciencia de la
teolojía que muchos de nuestros hombres de estado suelen aplicar con conocido mal éxito en el curso de los sucesos a la política.

La influencia de su tio el presbítero i algo mas tarde Arzobispo de Santiago don Rafael Valentin Valdivieso, i la íntima amistad del distinguido sacerdote don Ignacio Víctor Eyzaguirre, así como su claro entendimiento i asídua temprana laboriosidad, fueron parte principal, a su salida del colejio eclesiástico en calidad de bachiller, a proporcionarle un empleo humilde en la curia, donde trabajó dos o tres años, hasta que en 1846, a los 21 años de su edad, logró recibirse de abogado.

Tenia con esto aseguradas el jóven Errázuriz las puertas del porvenir en un país en que las dos curias han sido los dos batientes de la entrada a todos los honores i a todos los éxitos. Agregóse a esto su enlace con una jóven tan virtuosa como opulenta que rodeó su breve i ajitada vida de todos los encantos del hogar.

Así preparado, lanzóse don Federico en la carrera de la política para la que se sentia nacido mas que para la del sacerdocio o la del foro. No le vemos, sin embargo, tomar parte activa en las convulsiones de 1846, ni como adicto al partido conservador, al que parecia venir afiliado por sus gustos personales, sus relaciones de familia i sus tradiciones políticas, ni tampoco como campeon o simple combatiente de la causa liberal.

Talvez a esa edad fluctuaba.

Mas, proclamado candidadato a la Presidencia de la República en 1849 su tio don Ramon Errázuriz, antiguo Ministro del bando pelucon, triunfante en Lircai, alistóse el sobrino resueltamente en las filas de la oposicion contra la candidadatura Montt netamente conservadora, i luchó con tenacidad, talento i audacia por debelarla.

Elejido diputado en ese año por uno de los departamentos de Colchagua, donde poseia una vasta heredad, tomó su asiento entre los diputados mas avanzados, i en consorcio con don José Victorino Lastarria, jefe parlamentario a la sazon del partido liberal, presentó en aquel año su famoso proyecto de reforma de la Constitucion de 1833, código nacido de las turbulencias de que el libro actual hace prolija memoria.

Aunque desprovisto de elocuencia natural, i aun luchando con ciertas dificultades de diccion i de temperamento, el diputado Errázuriz ocupó desde las primeras luchas un puesto notorio en las filas de su partido, i desde entónces se le señaló como a caudillo. Era franco, neto, rudo, agresivo, fiel a sus amigos, obstinado

contra sus adversarios, de suerte que se predijo de él que le dominaria en adelante una irresistible tendencia a formar un partido personal, como el que habia servido de escalon i de peldaño al candidato conservador que salió triunfante de las urnas i de las cartucheras en el año memorable de 1851.

En esa época luctuosa, el diputado Errázuriz fué preso a consecuencia del levantamiento de San Felipe ocurrido el 7 de noviembre de 1850, i en seguida se le desterró al Perú con Lastarria, Mitre, Santiago Arcos i otros ajitadores del parlamento o de la prensa durante el estado de sitio. A su regreso, en los primeros meses de 1851, prosiguió con ardor su campaña; hizo desistir a su tio de su candidadatura civil i casi platónica a la presidencia; proclamó la del jeneral Cruz como caudillo militar i tomó parte activa si bien embozada en los aprestos de la fatal i sangrienta jornada del 20 de abril de aquel año. En la madrugada del motin mostró cierta atrevida enerjía; pero meses mas tarde tuvo no obstante la debilidad de hacerse otorgar un indulto acordado de antemano con el Gobierno, a cuyo fin se presentó voluntariamente preso en el cuartel de policía para ser juzgado i absuelto por enero de 1852.

Retiróse desde entónces el jóven ajitador del Congreso i de los clubs a la tranquila vida del campo, i aunque mantuvo viva su adhesion a la causa liberal, no tomó participacion sino de una manera mui indirecta en las ajitaciones i revueltas políticas de 1858-59. No fué perseguido como Santa María, Covarrúbias, Reyes, Ovalle i la mayor parte de sus colegas de 1849-51.

Llamado al poder en 1861 por el voto unánime de los colejios electorales del Presidente Montt el respetable ciudadano don José Joaquin Perez, comenzó en breve el inevitable divorcio de la política moderada que el último se proponia implantar despues de un tormentoso decenio, con las tradiciones, los hombres i las tendencias que habian constituido esa situacion; i cuando la crísis culminó en un verdadero rompimiento, el señor Errázuriz fué llamado a la Intendencia de Santiago como para acentuar mas aquella ardua ruptura.

Llevó a este puesto el jóven majistrado todas las dotes de su enerjía i de su laboriosidad múltiple. I esto, junto con su carácter personal, hacia recordar de contínuo a sus adversarios la época famosa en que un deudo suyo habia sido correjidor, es decir, dictador local de la ciudad un siglo hacia.

Políticamente el Intendente Errázuriz comenzó a ser tan temido como en la edilidad antigua lo habia sido su deudo don Luis de Zañartu.

Diéronle entônces el título de «el gran exonerador.»

Muchos beneficios prácticos debió, con todo, el pueblo a la actividad creadora del Intendente Errázuriz, i creciendo su popularidad por el trabajo, pasó a ocupar en 1864 con motivo del conflicto con España el puesto de Ministro de Justicia. Cuando tuvo lugar el bombardeo de Valparaiso, en Marzo de 1866, era Ministro de la Guerra i presidió a la resistencia que con tal motivo se organizó en ese puerto contra la flota de Mendez Nuñez i su mal aconsejado ataque que se trocó en impune inglorioso incendio.

Acercándose el fin del decenio constitucional del Presidente Perez i despues de luchar animosamente contra los bandos que en el Congreso le temian i levantaban obstáculos a sus miras, aprovechando los fracasos i los errores de la guerra comercial que acababa de estinguirse en una tregua, trabajó con igual éxito el Ministro Errázuriz, en la Moneda, dentro de su propio partido para apartar rivales, i a fines de 1870 apareció como candidato a la presidencia designado por la liga liberal-conservadora que él mismo habia ayudado poderosamente a formar desde 1863 en torno del Presidente Perez.

La famosa acusacion que en 1868 inició el Diputado Sanfuentes contra la Corte Suprema de Justicia, o mas propiamente contra su Presidente don Manuel Montt, fué su principal arbitrio i su mas injenioso ardid para sostener su
influencia contra el bando Nacional i el grupo radical que en
su contra habíanse coaligado proclamando en hora tardía la
candidatura del distinguido i opulento ciudadano don José Tomas Urmeneta. Poderosamente ayudado por las múltiples
armas de la intervencion gubernativa que él sabia manejar
con maravillosa destreza i no menor audacia, el señor Errázuriz triunfó en toda la línea i ocupó la silla presidencial el 18
de Setiembre de 1871.

Contra las espectativas i los temores de muchos, el nuevo

mandatario inauguró una política blanda, ilustrada, conciliadora i basada principalmente en el trabajo i el progreso intelectual i material del pais a que vinculó su gloria. Llamó a su lado hombres de todos los matices políticos e inundó las carteras de sus secretarios i las mesas del Congreso de laboriosísimos proyectos de ferrocarriles, telégrafos, reorganizacion de la marina, codificacion jeneral de la República, en todo lo cual gastó noblemente, si no su fortuna, sus veladas, su talento i su salud. Intervenia hasta en la minuciosa correccion tipográfica de todas las labores que acumuló en su cerebro i a la que su potente voluntad i su influencia omnímoda dió vida en aquel tiempo.

Mantuvo asimismo la unidad en su partido, hasta que por motivo de lo que se ha llamado las «libertades teolójicas» i principalmente a causa del aumento colectivo de sueldos que se hizo en el tercer año de su administracion, los conservadores se separaron irritados de la alianza que el mismo habia formado. La escision se hizo en seguida profunda i completa en el terreno de los principios, es decir, de las «libertades teolójicas.»

Fué móvil no pequeño para operar este rompimiento la aspiracion ya bastante conocida del Presidente Errázuriz dirijida a apoyarse en un bando de solícitos i complacientes adictos que le ayudase en lo futuro a perpetuar su poderío actual, i aunque la propia historia del país de antiguo i recientemente le ofreciese ejemplos vivos de lo deleznable de semejantes quimeras, forjóse un plan ardiente para llevarlo a cabo, i secretamente comenzó desde 1874 a incubar la candidatura del mas opaco de sus Ministros, confiado en que las condiciones negativas del designado le servirian para afianzar sus combinaciones.

Aparentemente logró el Presidente Errázuriz sacar a flote su esquife despues de súbita i no esperada borrasca que él no habia marcado en la vitácora de su itinerario.

Pero el dilijente piloto habia confiado demasiado en sí mismo. Por lo mismo él fué el primer náufrago de su propia borrasca; i su temprana, dolorosa i universalmente sentida desaparicion de la escena de la vida, atribuida a la intensidad de su desengaño mas que a la descomposicion de su vigorosa estructura física, dió testimonio de que el error mata al hombre como el puñal, así como la ingratitud lo envenena cual la cicuta.

El señor Errázuriz que, con una sola escepcion, habia sido el mas jóven de nuestros Presidentes constitucionales, murió mas temprano que los otros, i al mismo tiempo mas lamentado que cuantos le habian precedido en la fama i en la cumbre, a principios de junio de 1877.

Habia cumplido así apenas, en el robusto estadio en que luchara, cincuenta años de edad.

Cuando por encargo de la Universidad de Chile escribió don Federico Errázuriz en estilo un tanto tosco i escaso de flores i aun de correcciones, el libro que hoi reproducimos, tenia su autor solo 35 años, i la aparicion de esta memoria causó jeneral sensacion, no solo porque fué talvez su única produccion literaria de alguna valía, sino porque contra lo que muchos esperaban de sus antecedentes de familia, mostróse en ella ferviente liberal, apasionado por la reforma de las instituciones caducas que formara el engreimiento de sus deudos, i porque mas que todo esto tuvo la rara i meritoria valentía, tan escasamente imitada por nuestros escritores nacionales, de decir la verdad tal cual él la comprendia sin cuidarse de resentimientos, de vanidades ni de venales complacencias, plaga esta última de la historia que en nuestro suelo la roe, la desmoraliza i, a la larga, la hace estéril.

Como historiador, don Federico Errázuriz pertenecia a la escuela valerosa pero sin séquito de los propagandistas de la verdad contemporánea, i este solo mérito realzaria su nombre i le rodearia de ámplias induljencias por sus errores, si sus servicios eminentes al país no le hubiesen antes i despues colocado entre sus mas sobresalientes hijos i conductores.

B. VICUÑA MACKENNA.

Santiago, enero de 1883.